

FABRICAS RECUPERADAS

¿NUEVA ECONOMIA O NUEVOS CAPITALISTAS?

Vivimos en una sociedad donde las actividades económicas se rigen por un patrón de funcionamiento condicionado por la dinámica capitalista. Esto significa que la organización de las tareas de producir y distribuir lo que necesita el ser humano para vivir, se definen en el marco de las fuerzas del mercado a partir de las señales que dan los precios de las mercancías.

Esta modalidad de funcionamiento, donde cada agente económico se informa sobre lo que es más conveniente producir, y sobre cuánto le toca en la distribución, a través del mecanismo de los precios, tiene un elemento esencial que regula todas las actividades y todas las acciones: es **la competencia**. Esta va a poner las reglas de juego que obligarán a cualquiera que desee participar, a respetarlas o a correr el riesgo de desaparecer.

Competencia significa, en resumen, que cuando se produce una mercancía para lograr ingresos que permitan la propia supervivencia y continuar con la actividad, hay que tener alguien que adquiera ese bien en el mercado. Esto es: cualquier agente económico necesita clientes. Pero los clientes que conforman el mercado de cada productor, no son de propiedad del mismo, hay que conquistarlos. Y nadie tiene asegurado esos clientes para siempre.

¿Qué sucede si a un productor (individuo o empresa) que tiene sus clientes que le permiten producir y desarrollar su actividad, le aparece otro productor que produce lo mismo y le conquista esos clientes? El primer se irá a la ruina y desaparecerá, con todas las consecuencias traumáticas y dramáticas que ello implica. En otras palabras, el más eficiente sobrevive y crece, y el más débil de la cadena desaparece.

¿Qué hacer para no estar en el lado más fulero? ¿Cómo hacer para ser más competitivo? ¿Cómo actuar para ganar clientes, o para no perderlos? Tenemos que ofrecer lo mejor, ya sea por precios más bajos, por mejor calidad, por mejores condiciones de ventas, etc. Y para lograrlo, hay que tener capital, invertir en tecnología, abaratar costos, ampliar la escala, etc. Esos elementos facilitarán o permitirán ser más productivos, eficientes y competitivos. Y así, en lugar de ser arrasados por la competencia, se podrá arrasar a otros y ganarles mercado.

Pero **¿de dónde sacar más capital para poder ser más competitivos?** En última instancia, del giro de la propia actividad, es decir, **de la ganancia no consumida**. De allí que la búsqueda de la mayor rentabilidad no es un mero capricho o un simple egoísmo, sino una cuestión de necesidad imperiosa (de “vida o muerte”) para quienes intervienen en la actividad económica en una sociedad capitalista.

Es natural que en ese contexto, la conducta generalizada de buscar la máxima ganancia se imponga como prioridad del sistema en su conjunto. Lo cual significa que al ser la prioridad, cualquier otra cuestión es secundaria y se subordina a ese eje central. **No hay valores por encima de la búsqueda desenfrenada de maximizar ganancias.** Nada es tan importante como la rentabilidad: ni la solidaridad, ni la consideración hacia los demás, ni la preocupación por preservar el ambiente sano, ni la salud humana ni la vida.

Este proceso que rige las relaciones económicas capitalistas se impone en el resto de las relaciones sociales, y produce una conducta egoísta y una cultura individualista, que apoyada y potenciada por los medios de comunicación y por el sistema educativo lleva a naturalizar los horrores del sistema. En especial si consideramos la realidad de las últimas décadas del capitalismo, donde avanzó a fondo el proyecto neoliberal.

Los argumentos de los fundamentalistas del mercado son variados. Si hay pobres, es culpa de los pobres mismos. Si hay desempleados, es porque no les gusta trabajar. Si unos tienen riquezas cuantiosas y otros no tienen ni para alimentarse, es porque los primeros son más capaces, más dinámicos, más emprendedores. Si en una sociedad se producen alimentos para cientos de millones pero la comida no alcanza para una gran mayoría de la población, es que la economía debe crecer más hasta que alcance para todos (la vieja teoría del efecto derrame). Si una actividad afecta negativamente al ambiente, no hay que preocuparse que eso se corregirá sólo, y además, toda actividad económica del hombre produce algún efecto (no hay que ser exagerados!). Y si hay muchas cosas que andan mal, la culpa la tiene el Estado que interviene demasiado, pero sólo cuando éste interviene para ponerle límites a los que manejan el “mercado”.

En estos argumentos, los problemas no tienen nada que ver con la manera en que se distribuyen los ingresos y la riqueza, ni con la forma de funcionamiento del sistema. En última instancia, si hay algunos hechos demasiados evidentes que ponen en riesgo la credibilidad de la sociedad en las bondades del sistema, se podrá aceptar alguna acción del Estado para que realice las correcciones y que ataque los efectos, pero nunca se llegarán a las causas sistémicas generadoras.

ARGENTINA - Neoliberalismo, quiebras empresarias y empresas recuperadas

En el mundo capitalista se comenzó a evidenciar una crisis profunda hacia comienzos de los años '70 del siglo XX. La tasa de ganancia en las actividades productivas comienza a disminuir, y la reacción de los capitales más concentrados de los países dominantes es buscar recomponer esa esquivada rentabilidad. Ello genera un sacudón de magnitud en todo el sistema.

Varias reacciones se desatan en procura de recuperar las ganancias, entre las cuales se destacan: el vuelco de los capitales hacia las actividades especulativas (dando inicio entre otras cosas al aumento de la masa financiera que crece al margen y muy por encima de la producción global; al desarrollo de muchas actividades ilícitas como el tráfico de armas, el negocio de las drogas, etc); el despliegue de la llamada globalización (internacionalización de los capitales financieros y de las actividades productivas de las grandes empresas transnacionales); el impulso de las nuevas tecnologías; y la batería de políticas públicas a favor de las grandes empresas privadas (neoliberalismo y Consenso de Washington).

En nuestro país nos acercamos mucho al ideal del neoliberalismo, cuando de la mano de la dupla Menem-Cavallo (y del arco político mayoritario) se impulsó el paquete pro-mercado, con privatizaciones, desregulación, flexibilización laboral, etc. Esa política fue acompañada por el plan de convertibilidad, que definió un tipo de cambio bajo (dólar barato), con el que se favoreció el ingreso barato de muchos bienes del exterior (afectando gravemente a las actividades productivas nacionales).

Resultado de ese conjunto de medidas, **la Argentina vivió una etapa de destrucción masiva de empleos, de cierre de una gran cantidad de empresas industriales y de servicios**, de un aumento significativo de la desigualdad social, de la desocupación y de la pobreza. En especial, **esos problemas se agravaron cuando se inicia la última recesión**, en el año 1998, que se prolongara hasta el 2002 y terminara en una explosión económica, política y social.

En ese contexto de los noventa neoliberales, de apertura importadora, donde asoman los efectos destructivos del capitalismo salvaje sobre la salud de la economía y la supervivencia de las empresas, **surgirá un nuevo fenómeno masivo** (ya que había antecedentes pero se trataban de casos aislados), que es **el de las fábricas recuperadas por sus trabajadores**.

En general, ante la falta de rentabilidad o debido a situaciones de imposibilidad de continuar compitiendo en los términos del capitalismo, **muchos empresarios debieron cerrar sus empresas**, algunos se retiraron del negocio, otros fueron a la quiebra, muchos decidieron hacerlo previo vaciamiento de las mismas. Las consecuencias eran obvias: los empleados de esas empresas quedaban sin trabajo, por lo tanto sin ingresos, por lo tanto condenados a la marginalidad, arrojados a engrosar las filas de millones de argentinos viviendo en la pobreza y la indigencia.

Pero hubo muchos trabajadores que decidieron dar la pelea en la propia empresa, impedir que cierre la fuente de trabajo, luchar por mantener en marcha la actividad, tomando ellos mismos las riendas directamente, ante la ausencia del propietario que abandonó el buque cuando dejó de ser una fuente rentable de beneficios.

Y los propios trabajadores debieron enfrentar una situación tremendamente difícil y desfavorable, ya que debían mantener la empresa funcionando, con todas las exigencias y dificultades que ello implica en cualquier economía capitalista, pero en un contexto recesivo y con un marco económico agresivo hacia las actividades productivas internas. En la gran mayoría de los casos, con un alto grado de endeudamiento que también debían hacer frente, aunque no fueron los responsables ni los beneficiados de ese proceso.

Otras reacciones de parte de muchos de los perjudicados por el modelo neoliberal acompañaron este movimiento de empresas recuperadas, tales como los llamados “clubes del trueque”, los emprendimientos asociativos de pequeños productores o trabajadores por cuenta propia, las iniciativas de algunas organizaciones populares de iniciar producción comunitaria de alimentos, comedores barriales, etc. En todos los casos, se trata de acciones que no tienen como características la lógica del mercado capitalista (es decir la búsqueda de la máxima ganancia), sino que se desarrollan a partir de elementos de solidaridad y cooperación, que no entran dentro de los cánones de la economía convencional.

Esto quiere decir que si cualquiera de esos emprendimientos hubiera debido pasar por un análisis previo de viabilidad económica en los términos capitalistas, no se habrían iniciado nunca. Sin embargo, los múltiples elementos de enorme valor social que podemos destacar en esas experiencias (alimentar al grupo familiar, generar fuentes de trabajo, atemperar la crítica situación de millones de personas, evitar que muchos caigan en la mendicidad, la droga, la delincuencia o el suicidio), y que no forman parte de los índices considerados en un proyecto de inversión, permitieron llevar adelante tales actividades.

En este aspecto, se pueden mencionar **dos elementos que jugaron a favor de la continuidad de la empresa**, aún en el contexto competitivo de una economía de mercado, y que no eran posibles en la situación anterior (con la conducción de sus propietarios).

Uno de ellos fue la “desaparición” de una parte significativa de los costos de funcionamiento de la empresa, expresados en los altos sueldos de gran parte del personal gerencial y en la ganancia empresaria. El otro fue la decisión de los trabajadores de continuar con la actividad a pesar de tener que percibir (al menos momentáneamente) un ingreso inferior al que estaban cobrando antes. Esto era posible dado que los mismos trabajadores se hacían cargo de la gestión y las decisiones gerenciales, antes en manos de un estrato de especialistas.

En el caso de las empresas recuperadas por sus trabajadores, entre las muchas dificultades que debieron (y deben superar), se encontraba también la cuestión de su organización legal. Y en la urgencia de los escasos tiempos disponibles, la gran mayoría optó por una herramienta jurídica ya existente, que más cercana se presentaba a su situación y que mejor reflejaba sus necesidades operativas. Constituyeron múltiples cooperativas de trabajo, las que asumían la propiedad de la empresa recuperada.

Empresas recuperadas: ¿Nueva economía o nuevos capitalistas?

El conjunto de actividades y experiencias solidarias y asociativas que surgieron como reacción a los efectos de la crisis, cayeron dentro de la caracterización teórica y genérica de “la economía social”. Tenían como elementos comunes el hecho ya mencionado de realizarse con el objetivo de mejorar la situación de vida de sus protagonistas (y de no maximizar beneficios), de priorizar la cuestión humana de las actividades (antes que la supremacía del capital), de promover el accionar cooperativo (antes que el individualismo egoísta), etc.

En paralelo al crecimiento de estas numerosas experiencias en todo el territorio nacional, se fue dando una proliferación del análisis teórico, una mayor difusión de trabajos de intelectuales de diversos ámbitos, como también de proyectos y políticas que pretenden impulsar el desarrollo de este sector. Universidades, municipios, provincias, organizaciones sociales, y hasta el gobierno nacional y organismos internacionales, comenzaron a hablar de la Economía Social, y a proponer programas y acciones para su promoción.

Pero mientras para algunos, la economía social se considera una parte constitutiva del sistema económico actual, que tiende a mejorar el funcionamiento del mercado capitalista y a atemperar los males que puede ocasionar; para otros la economía social es un espacio que deben crecer como alternativa sistémica al capitalismo salvaje que hoy rige en el país y en todo el planeta.

La disyuntiva sería entonces: economía social para “mejorar la cara” del sistema, o economía social para reemplazar el sistema por una nueva forma de organización social.

La primera opción se limitaría a realizar todo el esfuerzo en procura de garantizar las fuentes de trabajo, o posibilitar ingresos más elevados para sus protagonistas, o mejorar las condiciones de vida de quienes realizan una actividad asociativa. Pero sin ir “más allá” del emprendimiento concreto, encerrado en sí mismo. Sin plantearse intervenir en el contexto, ni aspirar a cambiarlo por una opción sistémica superadora.

Normalmente, en este caso, sus demandas se limitan a medidas que favorezcan su supervivencia. Aunque ello signifique la continuidad del capitalismo depredador y de la lógica económica, política, social y cultural prevaleciente (con el riesgo que ese sistema las destruya en el futuro).

La segunda alternativa se plantea la actividad como una etapa necesaria, pero no suficiente, a los efectos de lograr una mejora sustentable y sistémica en la vida de las personas.

En este caso, la conciencia prevaleciente que se va desarrollando producto de la propia experiencia, es de la **necesidad de ir “más allá” de la empresa**, de tener un mayor interés en el entorno y una mayor incidencia en la comunidad. Porque se piensa que existe el peligro latente y permanente de sufrir los efectos negativos del sistema vigente, no sólo por las dificultades propiamente económicas, sino también por la presión política amenazante y la cultura neoliberal predominante. En este caso también, las demandas no quedan sólo en el estricto campo microeconómico de los reclamos para sí, sino que procuran y proponen nuevos espacios y nuevos caminos, hacia la construcción de otra economía y de otro sistema.

Las **fábricas recuperadas**, que pertenecen a este “recorte teórico” de nuestra realidad económica concreta, se consideran una **parte componente de la economía social**, y han sido objeto de numerosos estudios y análisis. Su forma de funcionamiento cooperativo, su modalidad de autogestión, el objetivo que buscan con la actividad, etc, son claros elementos que diferencian esos emprendimientos de una empresa típicamente capitalista. **Pero no pueden incluirse todas en la misma “canasta” de la “economía social”** (aunque se utilice el mismo vocablo).

Esta misma cuestión puede plantearse en términos más amplios, al considerar que **las cooperativas** se consideran también parte del sector de la Economía Social, y las mismas **son casi tan antiguas como el capitalismo**. Han coexistido con ese sistema, y en muchos casos han sido tan afectadas (y cooptadas) por su lógica, que se pueden identificar experiencias donde su funcionamiento no se diferencia demasiado de las empresas capitalistas. En este caso, vale la disyuntiva planteada antes, y por supuesto, genera las mismas dudas.

En síntesis, **las numerosas experiencias de fábricas recuperadas en la Argentina**, resultado de los efectos negativos del modelo neoliberal, **presentan una diversidad de situaciones**.

Para unos, son parte de la solución a los déficits del mercado, atemperan sus males, y coexisten con las empresas privadas típicamente capitalistas. No ponen en riesgo, ni se plantean siquiera, un cambio del sistema. Para otros, sin embargo, esas empresas pueden constituir un germen de una nueva forma de organización más humana y solidaria, que trascienda y supere al salvajismo de mercado.

No se trata sólo de una cuestión teórica, sino de un campo de acción concreta. Esto es: **su lucha actual se expresa tanto en el marco de las ideas, como en el de la construcción práctica**.